

La Luz del Porvenir

Gracia 1 de

Junio de 1893

PRECIOS DE SUSCRIPCION.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Extranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol, 5, bajos,
y calle del Cañón, 9, principal

SE PUBLICA LOS JUEVES**PUNTOS DE SUSCRIPCION**

En Lérida, Cármen 26, 3 En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, S. Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—La Mujer del Porvenir.—Sin pan y sin hogar.—¡Cuánto sufre la mujer!—Yo creo.

LA MUJER DEL PORVENIR.

Hace algunos días visité un colegio de niñas, de esos de gran lujo, con muchas profesoras, maestros de dibujos, de idiomas, de música, de canto, un buen gimnasio y todo lo necesario para una esmerada educación y desarrollar á la vez las fuerzas físicas, ejercicio muy beneficioso para la generación que nos sigue, endeble, enfermiza, anémica, raquítica, etc. etc.; pues la generalidad de las niñas parecen muñequitas de porcelana, ó mejor dicho, de marfil, delgadillas, paliduchas para convertirse en la juventud en un manajo de nervios inservibles para la lucha de la vida; pero vamos á mi asunto. Estuve hablando con varias niñas, que respondieron como loros y papagayos á mis preguntas; en ninguna de ellas encontré originalidad ni buen sentido, recitaban, como relación de ciego, fábulas y consejas, sin saber lo que decían: cansada de tanta charla inútil le dije á la buena amiga que me acompañaba:

—Vámonos, Rosa; mi visita me ha sido del todo improductiva.

—¿Por qué?

—Porque ninguna de estas chiquillas dice nada á mi alma. No son éstas, indudablemente, las mujeres que engrandecerán el porvenir de la humanidad. ¿No has observado que en ninguna de ellas hay esa chispa luminosa del genio, de la soberanía de la inteligencia, de los esplendores refulgentes de la razón? No piensan; no discurren; ¡qué espíritus tan atrasados! ¡pobres familias las que se formen á la sombra de estas mujeres de mañana!

—Tienes razón en lo que dices, y veo que no me ciega el cariño cuando, escuchando á mi nieta Niní, le dije á mi hija; Esta niña será una gran mujer del porvenir.

—Creo que estás en lo cierto; porque he observado que tu nieta no razona como una niña.

—¡Quiá!... si á mi me da veinte vueltas y á su madre lo mismo, nunca dice ni hace una cosa sin meditarla detenidamente. A veces le pregunto sobre cualquier asunto: y, por trivial que sea, no contesta enseguida; me mira fijamente, y al fin da una contestación tan categórica, tan acertada, que me deja atónita. Para que juzgues te contaré algo de nuestros diálogos:

Como tú sabes, estamos en la mayor miseria, y tanto su madre como yo le decimos todas las mañanas:

—Niní, ruega á Dios que no nos abandone la divina Providencia. Tú no puedes todavía trabajar, porque no tienes más que cuatro años, tu madre está enferma y tu abuelita es muy vieja. Ya ves, ¿qué será de nosotros si tú no rezas y no imploras la protección del cielo?

Yo observaba que cada vez que le decíamos á Niní que rezara, hacía un mohin de disgusto, hasta que una mañana, al decirle su madre lo de costumbre, contestó Niní resueltamente:

—Pero si Dios ve como estamos, si se lo he dicho tantas veces ¿á qué repetirlo más? ¿para qué pedir al que todo lo da?

¿No dices tú que Dios ha hecho el sol y las estrellas, y los mares, y los peces, y los pájaros y las flores? pues bien dará pan al que no lo tiene, como nos lo da á nosotros; que yo veo venir á Margarita que con mucho disimulo te da un papelito con dinero: pues si viene la Providencia, ¿para qué la he de llamar?

Y efectivamente, Margarita es una amiga nuestra que siempre que puede nos presta auxilio, y tiene la delicadeza de no decir nada delante de la niña, y mira tú ella como ha observado que nos deja dinero y dice muy lógicamente:—¿si nos dan, á qué pedir?

—Ciertamente que razona en muy buen sentido.

—Es muy enemiga de hablar en vano; diariamente le hago rezar un *Padre nuestro*, y ella se ha fijado que no compramos pan todos los días; y una mañana al decirle yo:—Niní, reza el *Padre nuestro*,—me dijo ella:—Hoy, ¿para qué he de decir el *Pan nuestro de cada día dánosle hoy*, si estoy viendo encima de la mesa un pan entero? ¿para qué quieres que pida lo que ya tenemos?

—Hé ahí un espíritu enemigo declarado de la rutina y de la añeja costumbre de rezar sin ton ni són.

—Y si vieras ¡que buen corazón tiene! ¡cuánto ama á los pobres! Ya tú supondrás que en casa, faltando lo más necesario, no sobrará lo supérfluo; pues su mayor placer es dar limosna á los pobres.

Este verano le regalaron un sombrero de paja y estaba contentísima cuando se lo ponía, se miraba en la sombra, se ponía muy derecha y le decía á su madre —Siempre que salga quiero que me pongas el sombrero.

Una tarde salió con su madre y vió muchos pobres en la Rambla de Cataluña, unos cojos, otros mancos, ciegos, tullidos, ¡qué se yo! y al ver tantos desgraciados, exclamó Niní:

—Mamá, ¿por qué hay tantos pobres?

—Porque el dinero está muy mal repartido y porque muchos ricos no se acuerdan de los que no tienen pan. ¿Ves tantas señoras con sombrero y tantas niñas tan compuestas? pues si tuvieran mejor corazón no habría tanta miseria.

Niní enmudeció, llegó á casa, se acostó, y á la mañana siguiente le dijo á su madre con mucha gravedad:

—Mamá, aunque me gusta muchísimo, no me pongas más el sombrero, porque yo quiero amar á los pobrecitos que no tienen pan, no quiero ser como esas niñas que tú dices que no se acuerdan de los que sufren.

—¡Cuánto disfruto escuchándote! tu nieta es una mujer del porvenir, cual yo la sueño, cual yo la presiento, cual yo la quiero; háblame de ella que aprendo oyéndote; porque me enseña más un niño que un célebre sabio, y aunque un niño precoz es una natabilidad de *ayer*, como manifiesta sus ideas con tanta naturalidad, sin la sombra más leve de orgullo ni de vanidad, acepto sus razones con tanto placer que no me canso nunca de escuchar á un pequeñuelo de inteligencia clara.

—Pues yo te aseguro que con mi nieta tendrías una excelente compañera, porque es capaz de distraer y de enseñar, como tú dices, al que presume y alardee de ser muy entendido.

El otro día le dieron una estampa muy bonita, que tiene dos ángeles abrazaditos, y ella, mirando atentamente las figuras le dijo á su madre:

—¿Porqué tienen estos niños esas cosas salientes en la espalda?

—No sé, esas cosas son alas!—y como mi hija no quiere que Niní se entere en lo mas leve de nada que huela á religión, se guarda muy bien de hablarle de ángeles, serafines, querubines y todo el ejército de gente alada que vuela por los cielos; así es que Niní no tiene la menor idea de los ángeles ni de nada que se le asemeje; mas llamándole muchísimo la atención el aditamento de las alas, no hacía mas que mirar la estampa con la mayor fijeza, hasta que al fin, volviéndose á su madre le dijo gravemente:

—¿Sabes por qué estos niños tienen alas?

—¿Por qué?

—Porque indudablemente cuando el pintor los pintó, estaría pensando en los pájaros; y pensando en ellos pintó estas alas tan preciosas.

Mi tarea sería interminable si te siguiera contando sus ocurrencias: cuando su madre le habla de Dios, le dice:

—Has de querer á Dios sobre todas las cosas; porque Dios es tu padre.

—Entonces, yo he visto á Dios.

—Verle precisamente, no.

—Pues, ¿qué enredos me armas tú? Yo me acuerdo de mi padre, de aquel que me quería tanto, que me enseñaba canciones durmiéndome en sus rodillas, luego se murió, es decir, se fué al espacio y ya no tengo padre: tú dices que Dios es mi padre, ¿pues cuántos padres tengo yo?

—Dios es el padre de tu alma, y el que está en el espacio, de tu cuerpo.

—¡Ah! eso es otra cosa; pero yo quiero más al padre que he visto, porque él me quería mucho.

Y sostiene unas polémicas con su madre que me asombran, y creo que si sigue así será una gran mujer.

—De su madre depende, y me gusta la marcha que ha emprendido, porqué no le enseña ninguna religión positiva; le habla de Dios porqué es muy justo que inculque en su mente la admiración á la causa primera, pero después de decirle que Dios dá lumbré á los soles; que es el gran mecánico que hace girar los mundos dándole vida á todo cuanto existe; después de hacerle amar á la Naturaleza porqué es la fotografía de Dios; nada de cielos imaginarios, de infiernos aterradores, de santos ni legiones seráficas; la virtud como principio constituyente de la moral eterna, la ciencia como el desarrollo natural del entendimiento, y el exacto cumplimiento de todos los deberes en todas las edades y situaciones en que el hombre se encuentre ¿qué mejor catecismo?

—Nada de embrollos teológicos, nada de historias ni tradiciones religiosas.

—No te apures por eso, no; porque aunque mi hija quisiera, Niní rechazaría todas las mentiras: quiere y busca en todo una consecuencia lógica.

—¿Qué hermosa esperanza para el porvenir! Porque la mujer, que es la que forma la familia, cuando sea verdaderamente racionalista, dará hombres á su pátria que valdrán más que todas las celebridades de los siglos pasados. De la mujer depende la regeneración de la raza humana; ni los Redentores, ni los guerrilleros, ni los grandes sabios, ninguno hará un trabajo tan beneficioso como la mujer educada

é instruida, sin falsas creencias, inculcando en sus hijos el amor universal y la adoración, el culto reverente á todas las ciencias, porque estas son la Biblia Sagrada donde Dios escribe la historia de la verdad suprema.

¡Los buenos y los sabios! ¡qué generación tan gloriosa! Dios quiera que la pequeña Niní forme mañana una familia numerosa, porque sus hijos serán muy útiles á la humanidad

¡Bendita seas, Niní! tú llevas en tu mente la semilla preciosa que, al florecer mañana, hará de tí la mujer de mis sueños, la mujer racionalista del porvenir.

AMALIA DOMINGO SOLER.

▶▶▶▶▶ ◆ ◆ ◆ ◆ ◆ ◀◀◀◀◀

SIN PAN Y SIN HOGAR.

Si grandes son los perjuicios que á la tranquilidad social irroga el abandonó de los niños al darles por toda educación al primer paso que delinquen, una cárcel donde está latente la corrupción, mucho mayor y de más trascendencia para la moral, es el abandonar á la niña; esa preciosa flor que se convierte á la vez en hija esposa y madre, y es tan inmenso su amor, que al saberla dirigir puede dar cabida en su inagotable sentimiento, á todos los amores que tienden á la sublimidad, para embellecer la vida del hombre. Culpa no es de ella si este no sabe conocerla convirtiéndose en muchos casos en su mas cruel verdugo, mirando sólo en la mujer la satisfacción de lo que llaman placer, sin tener en cuenta que éste se convierte más tarde en el tormento de su propia individualidad.

El hombre sólo atiende á guardar su propiedad sin conocer que al herir otra individualidad, desgarrá á la vez varios corazones, convirtiéndose en ladrón de la moral y sembrando un fruto inevitable, altamente venenoso para todo el conjunto social.

Mientras la mira de la humanidad no sea: "Lo que á tí te dañará no lo hagas á los demás," habrá vicios y se verán siempre esos repugnantes crímenes, que tanto horrorizan á la misma y que tal vez los sembró con su irreflexión.

Miremos la niña abandonada que se nos representa bajo la figura de una pordiosera. Sus ojos están velados por el desaliento y la vigilia. En tierna edad ha de perder el rubor, porque su propia desnudez hace que exponga á la vista pública parte de su demacrado cuerpo. Camina más despacio y por lo general más detiene su vista en las lindas galas que en los escaparates de los colmados. Tambien la seducen los juguetes más que el niño abandonado, pues que la misión de la mujer es ser madre y por esto se muestra tan solícita y cuidadosa para con sus muñecas; pero como todo le está vedado á la infeliz, pasa muchos ratos con la boquita entreabierta admirando todo lo expuesto que la deslumbra en su inocencia. Por instinto tiene ese candor que tanto embellece á la niña y le da tanto atractivo cuando es adolescente, haciendo las delicias de los padres: si éstos son previsores, van paulatinamente mostrándola los escollos que puede encontrar cuando sea mujer, enseñándola á separar las espinas que podrían herir su tierno sentimiento, y marcándola el camino del amor, á cuya felicidad sólo se puede llegar por la senda de la virtud.

¿Pero á la niña sin hogar y sin familia, quién la dirige? ¿Dónde podrá guarecerse cuando la sombra vespertina extiende sus alas? Su cuerpo es más endeble pero su perspicacia mayor, así como sabe antes, el bien se la educa, interpretar el

dulce sentimiento del alma, también antes se vuelve cínica aunque sepa ocultarlo con la hipocresía. Por lo general se une á esas familias vagamundas que piden por oficio y saben golpearla si no les trae lo que le exigieron, oyéndose tratar del modo más repugnante. Sólo conoce de la vida la muerte de lo bello; todo lo que la rodea es obsceno; los sentimientos de pureza innatos en su misma constitución física, están embotados; desconoce la moral, no sabe si la abnegación cabe en la sociedad, nada ha hablado á su alma, todo á sus sentidos, y estos crecen exuberantes y viciosos. Camina sola por sendas extraviadas, donde también acuden otros desheredados como ella y tienen diferente sexo, aunque posean igual educación. ¿Qué puede suceder desconociendo la hermosura del bien? Sus conversaciones son pervertidas y ella les ayuda en sus diabólicas travesuras, siempre en perjuicio del conjunto. Esta es su niñez.

Cuando es mayor, si no es bonita, únese á otro ser perdido como ella. Si es hermosa y se fija en ella el ojo lince de estas nunca bien recriminadas mujeres, espúreas, indignas, que comercian con la más denigrante mercancía, la muestran un vestido bonito que ella tanto admiró en las transeuntes, luego le enseña esas joyas falsas que tanto halagan la vanidad de la mujer, que desconoce el oro del deber humano.

Si sigue al primero, llega á ser ladrona ó tal vez toma también parte en algún crimen. Si es encarcelada, le espera peor suerte aún que al hombre, pues repugna pensar como están hoy las cárceles de mujeres. En estos sitios corren más peligro en desmoralizarse que el hombre, pues ni se les respeta la condición material de mujer, y cuando salen de allí saben triple de fechorías que antes de su encierro.

¿Que diremos respecto al segundo caso de si es hermosa?

¡Pobre ramera, cuán digna de lástima es tu suerte!

Sirves, mientras eres bonita, de juguete del hombre rico, ó sea de ese sér que tiene grande empeño en pasar por caballero en todas partes.

Luego, trasnochada tu belleza, vas á hacer sonreír al hombre del pueblo, para que más tarde unos y otros te ofrezcan la cama de un hospital, donde vayas á sufrir los más horribles dolores, viéndote á la par en el más completo abandono; y si á la vejez llegas, prepárate para vagar enferma y errante sin pan y sin hogar.

Preguntá ahora mi razón: ¿Quién es culpable del pálido bosquejo que ha presentado mi humilde pluma? ¿Lo es toda la sociedad? ¿Lo es el hombre?

Con qué aplomo dicen hasta algunos que pasan por sabios, que es necesaria esta clase desmoralizada y corrompida, y no solo lo vemos admitido y legalizado por nuestras leyes sociales, sino que lo sostienen, y se sirven de estos vicios repugnantes, hasta personas de las más beatas y ordenadas costumbres, que de continuo predicán y aconsejan en todas partes el orden y la virtud. ¿Es esto digno y edificante en una sociedad que dice somos todos hermanos? ¿Son estos lazos de amor ni de sentimientos humanitarios? ¿No sería más lógico que la ley que apoya esta descomposición moral, castigará á esas mujeres que saben tan bien engañar y arrastran á la perdición y al vicio, á las incautas, para luego comerciar con su esclavitud? Si tanto se blasona de cristianos y humanitarios, ¿por qué no se piensa más en recoger á las niñas abandonadas, educándolas en el santo amor al trabajo, para que al ser mujeres sepan cumplir la ley social siendo esposas y madres, en vez de suceder que si algún católico recoge alguna extraviada, es para depositarla en algún encierro mujeril, donde en vez de trabajar se sigue de un modo más oculto la misma infracción de la ley de buena moral?

¡Mucho ganaría la sociedad extirpando el mal en un principio!

Trabajemos, pues, amigas queridas, para extinguir la úlcera más corruptiva á vuestra misma tranquilidad. ¿Por qué no se acuerdan más esos padres que no tienen hijos, de los muchos hijos que no tienen padres? No omitais ocasión de apartar á la niña abandonada de la mala senda, haciéndola seguir las huellas de vuestras virtudes, la cual será fácil de conseguir, si se la proporciona siempre educación, pan y hogar de que carece.

CONCHA SERAS.

¡CUÁNTO SUFRE LA MUJER!

¡Qué triste es la existencia de la mujer que dotada de una gran sensibilidad quiere cumplir sus deberes á costa de inmensos sacrificios! Si no encuentra en su camino un ser fuerte que brindándole amor, le ofrezca su protección dándole el nombre de esposa, su existencia se desliza triste; si casada cree convertir su hogar en precioso eden pronto se desvanecen sus poéticas ilusiones, y solo queda la realidad de una prosa llena de amargura. ¡Cuántos sufrimientos preceden al sublime goce de ser madre! ¡Cuántas vicisitudes antes el pequeñito no paga con una mirada de cariño sus desvelos! Más tarde ¡cuando aquel ser tan querido empieza á balbucear su nombre, cuando la madre se mira en sus ojos, la muerte sin piedad se lo arrebatada dejándola loca ¡aterrada! ¡Ah! ¡Cuánto sufre la mujer! y como en todo llevamos la peor parte, el hombre solo nos hace justicia al cumplir el santo ministerio de madre, al lado de la cuna velando dias y mas dias todos los movimientos del niño sin que el cansancio nos rinda, entonces la mujer se eleva ante los ojos del hombre que admirando su amor dice con profundo respeto. La madre es la personificación de la ternura: pero pasado el sacrificio es casi siempre mirada con indiferencia. Es tan ignorante, dicen los sabios y tratando de educarla ponen en relieve sus defectos, pero como en estos mismos defectos encuentran á menudo un goce trabajan paulatinamente. Les gusta tanto cuando en ellas campea gracioso coquetismo que dando un voto de aprobación á sus frivolidades pierden el derecho de corregirlas. Acudid á una reunión en donde la mujer ataviada con lazos y prendidos trata de ocultar su ignorancia, y vereis á hombres á los cuales se les llama ilustrados que halagando su vanidad hacen mas tupidas las sombras que oscurecen su mente. El ignorante la escarnece, la trata como esclava queriéndola dominar á su antojo. Contemplad en la calle una pelea de mujeres, y vereis á los hombres que rien, aplauden, y prolongan una escena inculta que deberia avergonzarles. Ved á esas infelices que mas se asemejan al bruto que á seres racionales entregadas al repugnante vicio del vino, y vereis á los hombres también que ofreciéndoles mas bebidas alcohólicas acaban de embrutecerlas. Mucho se habla de instruir á la mujer pero mientras en el llamado sexo fuerte haya tantos ignorantes no es posible sea un hecho su instrucción.

Educad á la mujer y tendreis hombres dijo Castelar. Quien debe empezar tan regeneradora idea? ¿El hombre, ó la mujer? Creo que tanto el uno como la otra pueden contribuir á la mútua educación. Hay hombres buenos para educar á la mujer, y hay mujeres capaces para educar al hombre. Hay madres que aman hasta el sacrificio, pero necesitan consejos de aquellas que sin haber sido madres por la naturaleza son madres por su amor desinteresado hácia todos los seres, por su afán de progreso, por sus nobles aspiraciones. Estudiemos pues nuestras aptitudes, y desde el sér más débil al mas fuerte podremos todos contribuir al progreso univer-

sal. El hombre que se convierta en protector de la mujer no empujándola en su caída, que le proporcione elementos para su instrucción, y tendrá á su lado no un objeto de lujo, sino una compañera amorosa que endulzará sus horas de amargura. La mujer ávida de luz que trabaje mucho, para disipar las sombras de la ignorancia. La madre que haga buen uso del ascendiente que tiene sobre los hijos, convirtiéndose en su guía, estudiando sus primeros actos desarrollando sus sentimientos y solo así el niño una vez hombre recordando á la madre respetará á la mujer rodeándola de las atenciones que se merece, no hiriendo sus delicados sentimientos y solo entonces las mujeres que deseamos llegue nuestra redención no exclamaremos con profunda amargura. ¡Qué triste es la existencia de la mujer!

ANTONIA PAGÉS.

YO CREO.

Tu existencia, Dios mio, me desvela,
con tu recuerdo mi desdicha aliento
y verte mi deseo siempre anhela
para calmar el infernal tormento.
El no creer en tí, marchita: hiela.
Tu nombre le da luz al pensamiento,
Vivir sin tí, mi Dios no lo querría,
antes morir al fin preferiría.

Negarte á tí, negar al mundo fuera
cuanto tiene, posee y guarda escrito,
que mal se aguanta la fatal quimera
al contemplar tan grande el infinito;
si yo negarte alguna vez pudiera,
enferma el alma y la razón tendría,
por que si el más allá nunca existiera
para consuelo al menos lo creyera.

El que cruza sufriendo en su destino
la senda del dolor, de la amargura
y va subiendo el desigual camino
sin ideas, sin luz y sin ventura,
que cual náufrago ó errante peregrino
busca su tierra y sin cesar murmura,
de Dios implora el ideal divino
y convencerse de él siempre procura.

Va entre las olas de su mar profundo
en bote de cristal con frágil nave,
buscando un algo que le niega el mundo,
buscando un algo que encontrar no sabe.

En el fondo del mar mis remos hundo,
la idea de morir, ¡cuánto me halaga!
pues de la tierra el lodazal inmundo
¡sólo puede prestar tan pobre paga!

¿Y para esto natura rompió el velo,
y trajo vidas y animó á los seres?
¿Para morir sin extender el vuelo
nuestra idea soñó con mil placeres?
¿Para ser nada gravitó en el alma

el amor de la madre á quien se adora,
que inquieta alguna vez, y luego en calma,
á nuestro lado goza ó triste llora?

¿Para ser nada el pensamiento frio,
cariño imaginó y encontró agravios?
¿Para ser nada el pensamiento mio
amé á mis hijos y besé sus labios?
Si soy ceniza nada más: si escoria.
¿por qué la duda sin cesar se mece
y halagadora trae á mi memoria
una esperanza que brillar parece?

¿Por qué si el fondo de la tumba fria
tiene marcados derroteros fijos,
sentí cariño hacia la madre mía
y expuse la existencia por mis hijos?

No puede ser: mentira es el vacío
que el espíritu enfermo presumía,
¿Moriré para siempre? No, ¡Dios mio!
te encontraré aunque lejos algún dia;
vivir, amar, y recibir engaños,
morir y nada mas es imposible;
si aqui practico el bien y encuentro daños
otra cosa es sin duda lo invisible.

Maldijera á mis padres sin consuelo
si solo un frágil cuerpo me legaron,
más su cariño me formó algún cielo
que cuidadosos hasta hoy guardaron;
muevan mi barca debil y sencilla
los remos que á tirar me decidiera,
que he de ganar ligera de la orilla
ese nuevo horizonte que me espera.

Otros mundos existen, ya no dudo,
quien hizo el firmamento portentoso
hizo al hombre; y jamás dejarlo pudo
en brazos del destino caprichoso.
Mi vida no es de hoy, bien lo comprendo,
el efecto sin causa no existiera:
y que mis daños son, pues bien lo entiendo,
el pago de una deuda que trajera.

A cumplirla tranquila en mi destino
consagraré las horas de mi vida,
y al morir el causado peregrino
encontrará el progreso en su partida.

Por eso creo en tí, Dios de ventura,
sé que mas lejos por mi bien me esperas;
y no me asusta, no, la sepultura
que son tuyas y mias las esferas.

Trabajo indefinido seca el lodo,
¡Arquitecto del mundo! te venero,
por no perderte á tí, diéralo todo,
negarte, no: jamás, jamás lo quiero.

JOAQUINA PASQUED.

Imprenta de C. Campins Sta. Madrona, 10. GRACIA